# Habitar el río, nadar la casa

Esther Ramón

Como un conocimiento preexistente, en ocasiones nos es dado un acceso, un paso esencial, una apertura. Aquella que se desprende del hecho incontestable –y difícilmente traducible– de que «la inmensidad está en nosotros. Está adherida a una especie de expansión de ser que la vida reprime, que la prudencia detiene, pero que continúa en la soledad. En cuanto estamos inmóviles, estamos en otra parte; soñamos en un mundo inmenso».

Con la atención absorta en un silencio que nunca lo es del todo, que va quitándole capas de ruido a la realidad y descubriendo nuevas voces –las que se encontraban, modestas y agazapadas, en los rincones más inesperados de lo rotundo–, el individuo se abandona al ensueño, que es «contemplación primera».

La casa, en virtud de su recogimiento, puede ser el lugar más adecuado para favorecer dicha apertura. «La casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz». Pero también puede convertirse en el objeto del propio ensueño que propicia. Recipiente y contenido (soñador y sueño): una casa auroral, de cristal, de agua, de intemperie. De este modo, es capaz de aunar dos movimientos que parecieran contradictorios, antagónicos: el de crear y el de contemplar lo creado.

Manuel Padorno (Canarias, 1933-Madrid 2002) contempla y crea su *Edenia*, y planta sus cimientos en el agua, lo que le asegura un continuo fluir; y la emparenta de este modo –como esencia más pura del espacio primigenio, del primer jardín o de la primera casa– con el tiempo. Criaturas hechas de agua recorren, una a una, las habitaciones interiores, sin pararse nunca, ni acomodarse

---

Manuel Padorno: *Edenia,* Tusquets, Barcelona, 2007.

en ellas. Pasan incesantes, sucesivas, ya que, pura duración, «algunas desconocen el espacio».

Así el caimán, «de blancas aguas,/ blanquecina su piel, corriente abajo; (...) el más blanco animal interminable».

O las vacas que «intercambian azules poco a poco,/ según entran al llano (...)» O el jaguar, «el más extenso de los animales./ El más largo de todos, el más largo», que «duraba algunos meses». «Igual el jabalí duraba un día. / Todo el día pasaba el cuerpo entero.»

Criaturas de superficie que son también «el fondo mismo, cuanto se veía». También otros, animales imposibles, singulares, pájaros desiguales, algunos «muy grandes, excesivos» otros «pequeños, que se vuelven/ diminutos, escasos por el día»; mariposas acuáticas, de cristal, de soplo; un pájaro incendiado, y su vuelo último, que ilumina y abrasa.

Todos circulando, abocados al cuello del reloj de arena que se invierte, que se estrecha, y a la posterior expansión en las estepas, en el ancho río, cuyas «aguas no se juntan nunca, corren/ paralelas, partidas por el centro», bebiendo unos de la mitad medio fría, libando los otros de la casi caliente, templadas ambas, y por tanto iguales, aunque sabiamente separadas para el diálogo. El poeta debe escucharlos a todos, debe dejar las puertas abiertas, las ventanas abiertas, debe beber –sin alinearse a uno u otro lado– «de la mitad».

Acercarse a *Edenia* es hollar un suelo no pisado, un mundo intacto, que es la materia prima del ensueño. Allí se respiran «los olores más intensos», y las cabras «parecen salirse de la línea». Allí el primer sabor, sin condimentos, recién pintados los «colores apenas vistos, casi inaugurales», «frutos desconocidos, flores iniciales».

Desde allí, donde se borran los límites, puede emprenderse «el más dulce recorrido». Con un salto decidido de la ficha que decide rebasar y contemplar el juego, «al salir de ese círculo (...) Es el camino/ que da precisamente al otro lado». Puede atisbarse el otro territorio, habitando en la marcha el camino y sus umbrales, «el pueblo del otro lado (...) que estaba a media milla/ de la razón». Si existen la puerta, el tirador, la llave, también existe la pulsión –en extremo peligrosa– de franquearlos. «Desde la puerta

misma, en adelante/ comenzaban las nuevas dimensiones/ un poco más a un lado que hacia el otro». Nuevas proporciones, porque en lo inédito se extreman los cambios: «tanto las aves como los insectos,/ los animales y los peces, todos/ cambiaban de tamaño, y de razones».

¿Nace *Edenia* del ensueño del que crea, o del recuerdo de haber sido creado? Perderse en el ensueño es perderse en el deseo de partir, de contemplar el interior de los ramos más apretados, de deshabitarse. Y es el propio deseo el único capaz de esbozar su objeto, que queda siempre acabado, apenas entrevisto. No parece éste sin embargo un engaño, un esfuerzo baldío. La imagen –que «tiende hacia lo infinito y conduce hacia lo absoluto»– bebe con la misma sed de la arcilla de la memoria y del barro no pisado, del lado izquierdo (la mitad solar, medio viva, medio caliente) o derecho del río (la mitad lunar, medio muerta, medio fría), pero siempre de un agua en continuo flujo, continuamente renovada.

Desde el puro centro, «mientras oigo/ que vivo retirado, solitario», a la intemperie («en una de ellas duermo./ La que tiene abiertas las ventanas para siempre»), reconociendo el trazado del círculo, su rostro devuelto, dibujado sobre su propia huella («estas sillas se hicieron muchas veces»), se hace fácil mirar el firmamento, ese «gran árbol de frutos encendidos», bordear su corteza, rasgarla en el traslado. Basta con habitar el río, nadar la casa